

Antonio Romero Hernández en palabras

Más que hacer un recuento de la vida de Antonio Romero, quisiera recordar su legado y lo que él representó para la Facultad de Minas de la Universidad Nacional de Colombia. Hay características que identifican a Antonio como ser humano, algunas de ellas podrían ser: reflexivo, generoso, ético, visionario, buen amigo y tal vez un sibarita.

Antonio se graduó de Ingeniería de Minas y Metalurgia en la Facultad de Minas en 1979 con su trabajo de grado: “Predicción de mezclas para obtener coque de fundición”, en 1982, obtuvo el diploma de Estudios Avanzados de la Escuela Nacional de Geología (ENSG) y en 1984 el título de Doctor en Ingeniería en materias primas minerales y energéticas del Instituto Nacional Politécnico de Lorena (INPL). Durante más de 40 años actuó como profesor de la Facultad de Minas de la Universidad Nacional de Colombia en la Sede Medellín, donde dirigió el Centro de Investigación en Metalurgia Extractiva (CIMEX), fue Jefe de laboratorio de carbones, director del Parque Tecnológico de la Minería y la Energía, del Grupo de Investigación ÍGNEA y del Centro de Pensamiento Responsabilidad y Sostenibilidad de la Industria Minera, además director del Departamento de Materiales y Minerales y del Boletín de Ciencias de la Tierra. En un momento de su vida también asumió la dirección de Minería de Ingeominas, se desempeñó como director de asistencia técnica minera del Ministerio de Minas y Energía y fue socio y fundador de la Asociación de Ingenieros de Minas de Colombia (AIMC), presidente de la Asociación de Geólogos e Ingenieros de Minas y de Petróleos (AGEMPET) y presidió durante varios años la junta del Colegio Colombo-francés de Medellín.

Antonio fue siempre ambicioso, pero en el buen sentido, creaba proyectos grandes, los pensaba orientados a políticas públicas del país y en la línea de integrar el conocimiento. Una de sus apuestas fue la Feria Minera, para la cual logró aliarse con el Gobierno nacional. Fue presidente de más de 10 Congresos Nacionales de Minería y el único académico nacional delegado en la presidencia de Virgilio Barco para la creación del Decreto Nacional de Minas 2655 de 1998; hizo parte de juntas directivas de empresas como, Ecocarbón, Ecominas y Mineralco.

La minería fue el eje, pero no su único foco, no fue obstinado en sus intereses, sino que promovió la transdisciplinaria. Estaba convencido de que los grandes problemas del país no se pueden resolver a partir de una sola área del conocimiento sino desde varias disciplinas. Creía en los territorios y en lo que denominaba como sostenibilidad inteligente, un postulado suyo, tal vez creado a partir de su inquietud por sumar puntos de vista a problemas que, sobre todo, se han dado en el sector minero.

Incentivó el trabajo responsable y sostenible en los territorios, en lo cual tuvo una fe arraigada, por lo que, con su conocimiento, buscó contribuir al bienestar, impulsó una iniciativa de viviendas bioclimáticas que se construyeron en sitios como Nazareth, La Guajira; Isla Fuerte, Bolívar; Pizarro, Chocó y Murindó, en el Urabá antioqueño.

No sólo tuvo la capacidad de comprender las complejidades de los territorios sino de las mentes. Su particularidad, además, fue la alta eficiencia en la comunicación. No se desgastaba en grandes elaboraciones

de discursos para mandar mensajes contundentes, y eso se reflejaba en sus grupos, cuando de manera coordinada se acometían los objetivos planteados.

Su causa fue la sostenibilidad. Creyó en ella e hizo todo lo que pudo, y con todo su amor y profesionalismo, por aportar en ese sentido desde los proyectos que ideaba o dirigía, los cuales siempre eran abiertos a apreciaciones de otros profesionales.

Actuaba como se juega el ajedrez —su juego favorito— con serenidad y pensando bien cada jugada. Esa tranquilidad la tuvo siempre. Analizaba a la vez que hablaba, las conversaciones con él siempre estuvieron centradas en el concepto abstracto de la ética, pero que, con ejemplos reales y vivencias propias o ajenas, aterrizaban a lo pragmático. En los últimos semestres de su docencia universitaria tomó la decisión de reiniciar la asignatura de Ética en la Facultad de Minas, iniciativa trascendental en la formación integral de los estudiantes y de alto valor para la comunidad universitaria y la sociedad colombiana.

Con la misma generosidad con la que escuchaba a los demás, construía vínculos entrañables y muy fácilmente se hacía querer.

Antonio era una persona muy humana, “el hombre de la tierra, de las culturas colombianas, el amante de los colores, las notas musicales y la buena comida, el hombre que al frente del valle en lo más alto de la montaña o en medio de una laguna soñaba y se sentía es su más plena libertad donde dejaba volar con la más clara lucidez las ideas de las cosas que pasan”. Como el “rudo sensible que sentía dolor de patria, con los atropellos a la libertad, que desde su libertad mostró sus más sinceras pasiones”.

Antonio tenía la alegría de bailador, la pasión de melómano, y el entusiasmo de cocinero. Un ser innovador y visionario, un adelantado en cada época. Un profesor comprometido con el desarrollo territorial, con una mirada holística de los procesos necesarios para lograr el desarrollo económico sustentable; interesado por formar integralmente a sus estudiantes. Continuamente se preocupó por proponer espacios de discusión y construcción de soluciones nacionales.

Despedimos a un colega y amigo entusiasta por la creación, la renovación y la innovación, con sentido de lo público y gran humanismo.

“Antonio Romero Hernández en palabras” compilado por
Comité Editorial Facultad de Minas, a partir de reseñas
publicadas en:

Boletín Somos Minas, 23 Abril 2021.
<https://minas.medellin.unal.edu.co/noticias/3716-4-decadas-trabajando-desde-la-academia-en-pro-del-desarrollo-del-sector-minero-de-colombia>

Noticias de la Sede Medellín el 23 de abril de 2021.
<https://medellin.unal.edu.co/noticias/3995-antonio-romero-herandez-el-profe-librepensador-sabio-y-sibarita.html>